

EDITORIAL

REGIONALIZAR LA PAZ, NO LA GUERRA

Intereses ajenos a los pueblos centroamericanos amenazan con inducir una guerra regional, con la cual se buscaría la estabilización política del área y la reafirmación de la hegemonía norteamericana. La profundización de las crisis nacionales, políticas, sociales o económicas, es utilizada para acelerar esta marcha hacia la guerra, englobando en un único problema estratégico, situaciones que en parte son comunes, pero en parte son muy diferentes. En el actual contexto latinoamericano, tras la experiencia de las Malvinas, y en el marco presente de grave tensión internacional, con Líbano, Polonia y Afganistán como principales focos explosivos, esta estrategia bélica puede desencadenar una conflagración que desborde las fronteras del área, sin que, en el caso de que se lograra evitar la extensión del conflicto, se estuvieran resolviendo los problemas generadores de la crisis.

Frente a la estrategia bélica, surgen propuestas más constructivas de estabilizar el área centroamericana regionalizando la paz, no la guerra. ECA considera que ésta es la opción más racional y más realista, porque representa el mejor y quizás el único camino de solución a los graves problemas de Centroamérica, tanto de cada país en particular como del área en su totalidad.

1. Los problemas y su regionalización

En el lapso de muy pocos años, la aparente estabilidad del área centroamericana se ha desmoronado al estancarse un incipiente proceso de industrialización y desarrollo económico, agudizarse los conflictos sociales y recurrir los regímenes políticos a dosis cada vez más elevadas de coerción y represión

en aras de la "seguridad nacional". La guerra entre Honduras y El Salvador puso fin simbólico a un período de optimismo regional para dar paso al estallido de sucesivas crisis nacionales. Hay quienes piensan que este proceso muestra el agotamiento de un sistema socioeconómico que no ha podido evolucionar; hay quienes piensan que más bien se trata de un desajuste entre el desarrollo económico del área y la incapacidad de los regímenes políticos para ajustarse a las nuevas circunstancias y abrirse a las exigencias de los grupos sociales emergentes. En todo caso, es evidente que la crisis actual tiene sus raíces en las propias condiciones de cada país y que son los problemas internos las causas primordiales y últimas de los conflictos nacionales en Centroamérica.

Hay elementos objetivos comunes a los problemas de todo el área que permiten no sólo pensar en términos regionales sino incluso considerar que únicamente un tratamiento regional de los problemas podrá llevar a su verdadera solución. Sin repetir aquí análisis bien conocidos, recordemos que los principales factores objetivos comunes al área centroamericana son unas estructuras sociales caracterizadas por la desigualdad, la injusticia en todos los órdenes y su dependencia de fuerzas foráneas, y unos regímenes políticos apoyados en la violencia represiva. Injusticia estructural, dependencia y violencia institucionalizada han sido las constantes históricas de Centroamérica, toleradas cuando no propiciadas en el presente siglo por los Estados Unidos.

A pesar de estas grandes coordenadas comunes, los países del área han seguido procesos con características peculiares. El ideal morazánico y los llamados a la unidad centroamericana apenas quedan como rituales para las fiestas cívicas, y los mejores intentos por buscar soluciones regionales a los problemas del subdesarrollo se han ido frustrando uno tras otro ante los intereses creados, locales o transnacionales. Ni siquiera la integración militar en el CONDECA fue capaz de superar la prueba de la guerra entre El Salvador y Honduras.

En los últimos años, mientras Honduras eludía la exacerbación de los conflictos sociales mediante pequeñas reformas y la apertura a un régimen civil, la ambición y la intransigencia precipitaban la caída de Somoza, y los regímenes militares de El Salvador y Guatemala se enfangaban en una política represiva que alarmó al mundo civilizado. Los movimientos de reivindicación populares empezaron a cuestionar cada vez con más fuerza la legitimidad de los regímenes establecidos, y aquí y allá surgieron grupos revolucionarios. El derrocamiento de Somoza, cuya dinastía había constituido el mejor celador del orden norteamericano en el área, despertó en los Estados Unidos el temor del "dominó" y en los revolucionarios la esperanza de que "si Nicaragua venció. El Salvador y Guatemala vencerán". La desintegración de los regímenes centroamericanos, a pesar de sus



40 / CAMBIO 16

N.º 477/19-1-81

peculiaridades nacionales y de su asincronía histórica, parecía orientarse hacia una ruptura similar a la de Nicaragua y daba pie para una verdadera regionalización de sus conflictos.

Hablar de regionalización es más que afirmar la semejanza de los problemas, intereses y soluciones en los países del área centroamericana. La regionalización supone la transformación de los diversos problemas nacionales en un problema regional, la unificación de conflictos locales en un sólo conflicto centroamericano, la integración de las soluciones propuestas a las crisis de cada país en la búsqueda de una solución unificada para todo el área de Centroamérica. Por su situación geográfica y por su evolución histórica, la regionalización potencial del conflicto centroamericano se presenta en círculos concéntricos: el núcleo central lo constituyen El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua; en un círculo más amplio, se encuentran Belice, Costa Rica y Panamá; y en un tercer círculo, todavía más amplio, quedarían englobados también los países del área del Caribe.

La incipiente regionalización de los conflictos centroamericanos no ha sido el resultado de su dinámica interna. El discurso ideológico del actual gobierno norteamericano acusa a Cuba de haber exportado la subversión a Centroamérica y a Nicaragua de haber armado a los revolucionarios de otros países, induciendo así la regionalización del conflicto bélico. Es cierto que Cuba ha estimulado la unificación de los movimientos revolucionarios

en El Salvador y Guatemala, aunque su ayuda haya sido más ideológica y moral que militar. Sin embargo, como reconoció el principal representante de los intereses estadounidenses en Cuba, Wayne S. Smith, las pruebas existentes sobre la intervención cubana en Centroamérica muestran niveles de apoyo muy limitado y "han sido grandemente exageradas", lo que confirma la distorsión y aun falsedad de los datos presentados en el famoso **White Paper sobre El Salvador**. Es cierto, también, que Nicaragua ha prestado su apoyo político y moral a la causa de los revolucionarios salvadoreños. Sin embargo, Estados Unidos no ha podido producir una sola prueba fidedigna de que la ayuda haya incluido el embarque o la transferencia masiva de armas, lo que, por lo demás, mal podría hacer Nicaragua en su precaria condición económica actual y rompiendo el cerco vigilante de barcos espías, estaciones de radar y aviones norteamericanos. Por el contrario, son muchos y contundentes los datos sobre el papel promotor e impulsador de la regionalización del conflicto en Centroamérica ejercido por el actual gobierno de los Estados Unidos. Sus justificaciones, atribuyendo la regionalización a otras fuerzas, no pretenden sino racionalizar una estrategia regional bélica adoptada hacia el área, pero diseñada en función de intereses ajenos a los pueblos involucrados. La fluctuación en las razones y aun las obvias contradicciones del discurso norteamericano muestran que se trata de una estrategia a la búsqueda de justificación, y no de unos hechos incuestionables que exijan una estrategia.

2. La regionalización de la guerra

Según Richard E. Feinberg, quien de 1977 a 1979 trabajó como especialista sobre asuntos latinoamericanos con el ex-Secretario de Estado, Cyrus Vance, la política de los Estados Unidos hacia Centroamérica ha pasado por cinco etapas entre 1975 y 1981: satisfacción con la aparente estabilidad proporcionada por los gobiernos militares, resquebrajamiento de los vínculos por la política de derechos humanos de Carter, intento por lograr una evolución controlada de los sistemas políticos en desintegración, política individualizada hacia cada situación tras la caída de Somoza en Nicaragua, y redefinición de Centroamérica como el principal campo de la confrontación soviético-norteamericana tras el ascenso de Reagan al poder en 1981. Esta redefinición de Centroamérica, en la que prima el criterio de la seguridad nacional desde la perspectiva del Departamento de Defensa (DOD), llevó a "un incremento dramático del activismo norteamericano" en el área y a la regionalización del conflicto a la búsqueda de una victoria militar que reafirmara el control total de Centroamérica y el Caribe.

Desde esta nueva perspectiva, no resulta difícil especificar los objetivos perseguidos por el gobierno de Reagan con la re-

gionalización. Ante todo, se trata de lograr una solución global a los problemas del área, evitando así que los logros alcanzados en un país sean descompensados por la evolución de los acontecimientos en otro. La globalización del enfoque de Centroamérica como un problema de seguridad en la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética reclama un tratamiento común al problema. En este sentido, la regionalización es una consecuencia formal del enfoque empleado así como exigencia de la estrategia política.

El sentido último de la regionalización y su objetivo primordial es el reafirmar la hegemonía norteamericana en el área, estableciendo regímenes adictos que garanticen la seguridad geopolítica de la región y que permitan a Estados Unidos liberar fuerzas para prestar atención a otros problemas y a otras amenazas soviéticas en partes más alejadas del mundo.

La consecución de gobiernos amigos en el área no se subordina a criterios democráticos y menos aún a exigencias o necesidades populares. Para la estrategia del actual gobierno norteamericano, tan bueno puede ser el gobierno surgido del golpe de estado en Guatemala como el surgido tras las elecciones del 28 de marzo en El Salvador, independientemente de que resulten mejor o peor defendibles en el ámbito internacional. En el caso de Guatemala, el golpe que dio el poder al General Ríos Montt tuvo lugar tras unas elecciones presidenciales, al estilo de las exigidas por Estados Unidos a algunos países como criterio democrático, y unos días después de que el Embajador norteamericano hubiera transmitido al gobierno guatemalteco su felicitación por el proceso electoral. En el caso de El Salvador, la Embajada norteamericana asumió de hecho los poderes que correspondían a la Asamblea Constituyente recién elegida hasta que logró que se aceptara un presidente de su conveniencia. Todo esto denota que, para Estados Unidos, tan bueno es un gobierno militar como uno civil, un gobierno resultante de un golpe de Estado como el surgido de un proceso electoral o de una simple imposición por la fuerza. Lo importante es que esos gobiernos sean amigos, colaboradores incondicionales en la estrategia regional contra "el comunismo", y que logren restablecer la seguridad en el área. Un Pinochet golpista siempre será preferible a un Allende democráticamente electo.

El segundo objetivo de la regionalización, consecuencia del primero, es la neutralización de Nicaragua y de su influjo en el área. El triunfo sandinista frente a la dinastía dictatorial de los Somoza, la instauración de un régimen cuyas prioridades lo constituyen las necesidades populares, representa un ejemplo demasiado cercano y demasiado atractivo para las masas de oprimidos centroamericanos. La simple existencia de una Nicaragua sandinista en el corazón de Centroamérica constituye una peligrosa bomba de tiempo para la hegemonía norteamericana. No se trata únicamente del apoyo directo o indirecto, material,

político o moral que Nicaragua pueda proporcionar a los movimientos revolucionarios, apoyo nunca comparable al que los ingentes recursos permiten a Estados Unidos suministrar a sus aliados. Se trata, sobre todo, del peligro que Nicaragua constituya la experiencia exitosa de un régimen liberado de la tutela estadounidense. El peligro mayor sería que un régimen de corte socialista, por moderado que fuere, empezara a resolver con acierto los problemas endémicos que el tipo de régimen amparado por Estados Unidos nunca ha logrado solucionar en el área centroamericana. En una palabra, el peligro de que triunfara un régimen autónomo y diferente al impuesto por los Estados Unidos constituiría un modelo y un estímulo a los demás pueblos del área intolerable para la hegemonía geopolítica norteamericana.

De ahí la necesidad perentoria de neutralizar el influjo nicaragüense, impedir por todos los medios el éxito de su revolución y, si fuera el caso, revertirla. La táctica, hasta ahora, ha resultado productiva: acoso político, ahogamiento económico, hostigamiento militar. En lo político, día a día se le generan continuos conflictos con sus vecinos o con los grupos desafectos internos; en lo económico, una tras otra se le cierran las fuentes del crédito financiero; en lo militar, se le ha recetado la misma medicina que dio el triunfo al sandinismo, introduciendo en su territorio una poderosa guerrilla, bien entrenada y pertrechada, con santuarios en los países vecinos y con todo el apoyo logístico y económico necesario para desarrollar sus operaciones. Con todo ello, o Nicaragua se dobliga a las exigencias norteamericanas o quedará tan ocupada en responder a los múltiples problemas y hostigamientos de todo tipo, que su revolución no podrá avanzar y su posible influjo en los países del área quedará neutralizado.

La neutralización de Nicaragua requiere, por consiguiente, la formación de un cerco económico, político y militar que difícilmente podría estarse realizando sin la colaboración estrecha de los países vecinos. La existencia de bases de somocistas contrarrevolucionarios en la frontera de Honduras, las continuas acusaciones de los gobiernos de Honduras y Costa Rica contra el régimen sandinista, la repetición del argumento estadounidense de que Nicaragua es la causa del malestar en Centroamérica y de la regionalización del conflicto, el continuo sesgo informativo sobre lo que ocurre o se dice en Nicaragua, son claros índices de que la estrategia regionalizadora en lo que concierne a Nicaragua ya está en marcha.

El tercer objetivo de la regionalización propugnada por Estados Unidos, también vinculado y parte de los anteriores, es el

Frente a la estrategia bélica, surgen propuestas más constructivas de estabilizar el área centroamericana regionalizando la paz, no la guerra.

aniquilamiento total de los movimientos revolucionarios en el área. Esta es una tarea concebida en términos militares, y para ello Estados Unidos está invirtiendo en los ejércitos del área más dinero por año en armas, entrenamiento y asesores militares que en toda la historia de Centroamérica. El caso de El Salvador es paradigmático: sólo en 1982 está recibiendo más ayuda militar del gobierno norteamericano que la que había recibido juntando toda la ayuda del pasado. Lo que comenzó como una tímida "ayuda no letal" ha pasado a ser un continuo suministro de armamento letal moderno en cantidades sólo limitadas por la incapacidad de la Fuerza Armada salvadoreña para recibir o utilizar más o mejores armas. Esta militarización junto a la negativa a cualquier tipo de diálogo o negociación con los insurgentes muestra a las claras que el único resultado de la actual confrontación satisfactoria para el gobierno de los Estados Unidos es el aniquilamiento total de la insurgencia, cueste lo que cueste. Y lo que se afirma de El Salvador hay que afirmarlo también de Guatemala, con cuyo gobierno la Administración de Reagan se esfuerza por establecer cuanto antes un amplio programa de ayuda militar contrainsurgente.

Estos tres objetivos estratégicos de los Estados Unidos para el área centroamericana exigen la regionalización del conflicto. La existencia de regímenes adictos y la seguridad de la región requieren la eliminación de los movimientos revolucionarios y la neutralización del posible influjo nicaragüense. De nada serviría, por tanto, aniquilar la insurgencia salvadoreña si perviviera la guatemalteca, o aniquilar ambos movimientos revolucionarios si persistiera la influencia desestabilizadora de Nicaragua. La regionalización militar constituye una exigencia de la opción norteamericana por una solución global y radical ante la desintegración de los sistemas políticos del área.

Hay ya abundantes elementos que muestran la progresiva ejecución del plan norteamericano en la región. La aparición de la Comunidad Democrática Centroamericana, de la cual se excluyó abiertamente a Nicaragua, tiene entre sus objetivos primordiales el de "recurrir a medidas de seguridad colectivas dentro del marco de los tratados vigentes". La presión desestabilizadora sobre Nicaragua es más que evidente: cuando no es el gobierno hondureño es el gobierno costarricense el que lanza alguna acusación o plantea algún reclamo a los sandinistas; los contrarrevolucionarios somocistas incursionan en Nicaragua cada vez mejor armados y coordinados; grupos políticos o de otro tipo reciben jugosas ayudas económicas para desarrollar su oposición al gobierno sandinista, y los bancos y organismos internacionales siguen cerrando sus puertas a Nicaragua por presión norteamericana; mientras, el gobierno estadounidense sigue haciéndose el sordo a las invitaciones nicaragüenses para un diálogo constructivo y repitiendo que los sandinistas no quieren dialogar.

La parte más sensible y crucial de la estrategia norteamericana de regionalización del conflicto es la reafirmación de su hegemonía por la fuerza militar. Son los ejércitos del área los aliados más dependientes y fiables con que cuentan los Estados Unidos. Esto supone dejar de lado, por lo menos a nivel público, una política de derechos humanos como la perseguida por la Administración de Carter, que pudiera afectar la integridad de las instituciones armadas. En segundo lugar, esto requiere el encumbramiento de "hombres fuertes" militares, como el General García en El Salvador o el General Alvarez en Honduras, que operativicen las exigencias de seguridad norteamericanas y controlen los márgenes del "juego democrático" al interior de sus respectivos países. En tercer lugar, esto requiere una notoria mejoría en los servicios de inteligencia y su coordinación a nivel regional. Los golpes dados a revolucionarios salvadoreños en Honduras o los dados en El Salvador con datos obtenidos en Honduras muestran el éxito de esta política. Finalmente, la estrategia norteamericana requiere el establecimiento de una base de operaciones en Centroamérica tan segura como era la representada por la Nicaragua de Somoza. Por su ubicación y sus circunstancias, la base elegida es Honduras.

Honduras ocupa una posición privilegiada, ya que tiene fronteras con los tres países problemáticos: Nicaragua, por un lado, El Salvador y Guatemala por otro. El fracaso del reformismo militar hondureño y la crisis económica permitieron a los Estados Unidos presionar por una transición "democrática" a un gobierno civil, que aliviara las crecientes tensiones sociales y diera oportunidad a los militares para participar en los planes norteamericanos. En los momentos actuales, Honduras recibe una gigantesca ayuda militar: hay en Honduras más asesores norteamericanos que en El Salvador, se están construyendo bases militares o ampliando aeropuertos con capacidad para los grandes transportes militares norteamericanos en todas las fronteras, se han creado y entrenado batallones especializados en contrainsurgencia, como el "Cobra", se ayuda o al menos, protege y ampara a los contrarrevolucionarios somocistas, y se establecen planes para una estrecha coordinación militar con los ejércitos vecinos a fin de establecer un "cerco de hierro" a Nicaragua. Las declaraciones del Coronel Leónidas Torres, antiguo jefe de inteligencia de la Fuerza Armada Hondureña, no hacen sino confirmar el hecho cada vez más patente de que se está conduciendo a Honduras a una guerra con Nicaragua y ello como simple instrumento de la estrategia norteamericana.

Son ya varias y suficientemente documentadas las acusaciones sobre la intervención de las fuerzas militares hondureñas en el conflicto de El Salvador. Algunas de estas acusaciones, no negadas por la Fuerza Armada salvadoreña, atribuyen a los hondureños el papel de "yunque" en las fronteras ante el avance como "martillo" de los soldados salvadoreños, papel que

El sentido último de la regionalización y su objetivo primordial es el reafirmar la hegemonía norteamericana en el área, estableciendo regímenes adictos que garanticen la seguridad geopolítica de la región.

habría posibilitado la muerte de muchos civiles huyendo del accionar bélico. Pero en junio del presente año el FMLN hizo acusaciones muy documentadas sobre la incursión de fuerzas hondureñas en Morazán, que habrían introducido el "yunque" en el propio territorio salvadoreño. El General García negó enfáticamente esa intervención, aunque reconoció la presencia militar hondureña en la frontera y admitió la posibilidad de una alianza militar entre ambos ejércitos. Si la coordinación y cooperación ya patente no suponen una alianza, cabe preguntarse qué niveles de acción conjunta se planean cuando ésta se produzca.

En síntesis, la estrategia norteamericana de regionalización supone el establecimiento de regímenes amigos, regímenes de cualquier naturaleza, pero con la suficiente fuerza como para mantener la seguridad de la región. La existencia de Nicaragua y de los movimientos revolucionarios en El Salvador y Guatemala requiere el aislamiento "sanitario" de Nicaragua y la aniquilación de la insurgencia en el área, para lo cual es necesario aliados poderosos y unidos en los ejércitos locales. Al convertir a Honduras en la base de acción política y militar de Estados Unidos se articula la regionalización en forma geopolítica, y se establece un eje que permite la ejecución progresiva de los planes militares contra los sandinistas y los demás movimientos revolucionarios. Todo ello muestra que la regionalización del conflicto no es una fantasía ni un deseo interesado de levantar el espectro de Vietnam; se trata de una estrategia posibilitada por las condiciones objetivas de los países centroamericanos y exigida por el enfoque global de seguridad anticomunista utilizado por la actual administración norteamericana.

3. La regionalización de la paz

Es difícil prever el efecto de una guerra regional a gran escala. Pero basta con ver los efectos de la actual guerra salvadoreña para comprender la destrucción humana y material que se produciría en toda Centroamérica. En el mejor de los casos, se lograría una pacificación precaria, con unos altísimos costos sociales y un incremento de la dependencia regional hacia los Estados Unidos. Si Nicaragua no puede todavía rehacer los destrozos dejados por la guerra civil, si Costa Rica se hunde económicamente frente a una deuda externa que no puede enjugar, si la descapitalización y carencia de divisas tienen paralizada gran parte de la capacidad productiva de El Salvador, Guatemala y Honduras, si los desplazamientos de la población y los refu-

La simple existencia de una Nicaragua sandinista en el corazón de Centroamérica constituye una peligrosa bomba de tiempo para la hegemonía norteamericana...

giados constituyen ya cargas onerosas a los erarios estatales, si el desempleo en la región alcanza cotas que ni las estadísticas oficiales pueden ocultar, ¿qué será de nuestros países en el caso de que la guerra ya desatada en El Salvador se extienda a toda la región?

La regionalización de la guerra no responde a los intereses propios de los pueblos del área. Una guerra regional no sólo dejaría los problemas fundamentales intactos, sino que los profundizaría y agravaría a niveles de catástrofe. Y no es creíble que el gobierno norteamericano estuviera interesado —una vez resuelto su problema de seguridad— a lanzarse a un “plan Marshall”, cuando ni siquiera tiene voluntad política para poner en ejecución el más modesto plan Reagan sobre la cuenca de Centroamérica y el Caribe.

Ahora bien, la regionalización de la guerra en Centroamérica podría ocasionar consecuencias todavía más graves a nivel internacional. El actual clima mundial está suficientemente candente como para que cualquier nueva chispa represente un grave peligro. Es claro que la estrategia de Estados Unidos hacia Centroamérica persigue el aislamiento y, si fuera posible, el estrangulamiento de Cuba. Una guerra a nivel regional, con o sin intervención directa de algunos países de la OEA, probablemente no quedaría limitada al istmo. Cuba no vería con indiferencia la invasión de Nicaragua ni la URSS toleraría una invasión de Cuba, a pesar de la increíble moderación mostrada por los soviéticos ante la agresión a sus aliados sirios y palestinos en los acontecimientos del Líbano. Tampoco México, a pesar de su grave crisis económica, podría permitir semejante conflicto junto a su frontera, y quizás tampoco Venezuela, Colombia o Brasil permanecerían indiferentes. La reciente experiencia de las Malvinas donde los Estados Unidos se pusieron del lado de Gran Bretaña, ha abierto una brecha demasiado aguda en la confianza hacia el panamericanismo de los estadounidenses y hacia las intenciones del gobierno de Reagan en su política latinoamericana. La regionalización del conflicto en Centroamérica no llevaría a un alineamiento automático de los países latinoamericanos del lado de Estados Unidos —como tampoco, por cierto ocurrió en el caso de Nicaragua—. Un conflicto orientado a la aniquilación del régimen sandinista no podría ser aceptado sin más por los países europeos, particularmente por aquellos gobernados por partidos de la Internacional Socialista, pero quizás ni siquiera por aquellos dirigidos por demócratas cristianos. Ello provocaría todavía más divisiones entre Estados Unidos y sus aliados europeos, cuyas relaciones pasan ya por un mal momen-

...pues significaría el triunfo de un régimen autónomo y diferente al impuesto por los Estados Unidos, un ejemplo que seguirían los demás pueblos centroamericanos.

to. El riesgo es demasiado grande de que la regionalización del conflicto lleve a su vietnamización, con todas sus consecuencias a nivel internacional.

Dos años de guerra en El Salvador nos han enseñado a los salvadoreños que, hoy por hoy, la guerra no nos lleva a la paz. Multiplicar la guerra sólo nos conducirá a eso: a aumentar la guerra y sus costos, es decir, la destrucción y la muerte. La guerra no produce la paz: la guerra destruye. Por el contrario, la paz hay que construirla. Y si lo que está en juego es una solución regional a los problemas del área, la estrategia debe ser regionalizar la paz, no la guerra.

Junto a los propugnadores de la guerra, existen también los promotores de la paz. Ciertamente sus voces han sido más débiles y sus propuestas han recibido menos apoyo y publicidad de las que serían deseables. Pero son esas voces las portadoras de la razón y son sus propuestas las semillas más realistas para el logro de una verdadera paz en el área.

De una manera tenue, pero real, la alternativa pacífica se encuentra incluso en el discurso norteamericano y en sus medidas de fachada. Es el mismo Subsecretario para asuntos latinoamericanos, Thomas Enders, quien en un discurso el 20 de agosto volvió a reconocer que en Centroamérica existen "instituciones políticas inalterables, incomprensivas y, a veces, represivas" así como un "injusto y cruel sistema de tenencia de la tierra", lo cual es anterior y más profundo que cualquier agitación inducida desde fuera. Que el gobierno de Reagan haya propuesto un amplio plan de ayuda económica para el área y haya continuado apoyando, al menos como fachada, las reformas salvadoreñas, apunta a una forma de solución de los conflictos centroamericanos de carácter socioeconómico, y a una construcción de la paz que no se funda en la aniquilación de los movimientos populares, sino en la respuesta a sus justas demandas. Por desgracia, esta línea de pensamiento no cuenta con suficiente respaldo en los círculos influyentes del ejecutivo norteamericano, demasiado atado a los puntos de vista del Departamento de Defensa (DOD) y a ciertos intereses económicos que ven en Centroamérica un mercado donde compensar su incapacidad para competir con los gigantes transnacionales en los grandes mercados. Con todo, la tendencia está ahí, cuenta con el favor de muchos legisladores, asociaciones, grupos de iglesia y amplios sectores de la opinión pública norteamericana, y el discurso de Enders en San Francisco abre un pequeño portillo a esta alternativa más conciliadora.

La alternativa del diálogo y la negociación por la paz ha si-

do propuesta repetidas veces por importantes instancias. Claramente fue la propuesta mantenida por los gobiernos de Francia y México y por todos aquellos gobiernos que apoyaron su declaración sobre El Salvador. Es también la opción presentada más recientemente por los gobiernos de Canadá y Brasil, por un lado, o de México y Venezuela con respecto a Nicaragua, por otro. La Internacional Socialista ha planteado una y otra vez la necesidad del diálogo y la negociación para lo que ha ofrecido sus oficios. El mismo gobierno de Honduras planteó un plan de paz con respecto a Nicaragua y aun Centroamérica, demasiado calcado en las propuestas norteamericanas, pero centrado a fin de cuentas en el diálogo y la negociación, no en la guerra. Están, así mismo, las continuas propuestas de diálogo y paz por parte de Nicaragua, cuya sinceridad es a priori negada tanto por Estados Unidos como por Honduras. Están las repetidas ofertas de negociación sin condiciones previas presentadas por el FDR/FMLN en el caso de El Salvador, la más importante de las cuales fue leída por el Comandante Daniel Ortega en el seno de las Naciones Unidas en 1981, pero la más reciente de las cuales parece ser la transmitida al presidente de El Salvador, Alvaro Magaña, por el presidente de Costa Rica, Luis Alberto Monge, quien adicionalmente se habría ofrecido como intermediario. Está el llamado continuo de la Iglesia hacia el diálogo, particularmente la carta dirigida por el Papa, Juan Pablo II, a los obispos salvadoreños, estimulando la iniciación de conversaciones entre los bandos rivales en El Salvador. Y está, por fin, el Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador llamando a que todas las partes involucradas en el conflicto se abran a un diálogo sincero.

Proponer la regionalización de la paz en lugar de la regionalización de la guerra no es, por tanto, una propuesta nacida de un pacifismo ingenuo o de una simple opción ética, aunque pacifismo y criterios éticos constituyan factores importantes y dignos de atención. La regionalización de la paz es, ante todo, una propuesta nacida de un realismo histórico basado en el análisis político, económico y social. Sólo una completa paz regional permitirá enfrentar los problemas cruciales de Centroamérica y, por consiguiente, sólo la regionalización de la paz constituye un principio de verdadera solución.

Si lo que se busca es una estabilidad de la región que garantice la paz de cada país y de todo el área, es claro que sólo un proceso de paz regional puede lograr ese objetivo. En esta perspectiva globalista no se equivocan los Estados Unidos, aunque lleguen a ella al considerar Centroamérica como parte de su zona de hegemonía geopolítica en el contexto de una confrontación con la Unión Soviética. La verdadera solución a los conflictos de la región pasa por el logro de la paz en todo el área ya que ningún país podrá sentirse seguro mientras en su vecindad aún campee la violencia, la represión popular o la guerra. La pro-

puesta de Enders de poner a cero el tope de la armamentación regional, o la observación del General Nutting de que los gobiernos centroamericanos deberían invertir en tareas de desarrollo económico lo que hoy invierten en armas, resultan dignas de encomio siempre que, como ha pedido el Papa, se apliquen por igual a ejércitos oficiales e insurgentes, a fuerzas militares y paramilitares, y que en lugar de presionar a Costa Rica para que cree un ejército, se estimule al resto de países a reducir al mínimo los suyos.

La regionalización de la paz es sobre todo necesaria porque sólo en un marco de paz regional podrán arremeterse con seriedad las exigentes tareas del desarrollo económico social. Un país como El Salvador es tan pequeño que, desde un punto de vista económico, constituye una unidad inviable. A pesar de sus diferencias, la misma afirmación puede hacerse de todos los países del área. En el actual panorama económico mundial, la defensa y promoción de los propios intereses sólo tiene posibilidades de éxito si se basa en una unidad de magnitud y poder respetables. Ninguno de los países de Centroamérica tiene esa magnitud. Una Centroamérica dinamitada en países tan pequeños es presa fácil para cualquier poder foráneo, tanto en lo económico como en lo político. La United Fruit Company pudo manejar a su arbitrio los destinos de algunos países de la región durante muchos años, y cualquier oscilación en los precios internacionales del café, del azúcar o del algodón precipita a Centroamérica en una bonanza o en una bancarrota repentina, sobre las que no puede ejercer ningún control. Sólo una Centroamérica unida en la paz podrá empezar a resolver los graves problemas comunes de desarrollo. Y sólo en la medida en que los gravísimos problemas internos de pobreza, desigualdad e injusticia empiecen a resolverse, se estarán estableciendo unas estructuras sólidas y duraderas de paz.

*Puesto que la alternativa de regionalizar la paz es la única que ofrece una posibilidad de verdadera solución, es necesario y urgente poner en marcha un proceso que involucre a todos los interesados y que permita establecer las bases para esa paz regional. Es imperativo que se sienten a la misma mesa todos aquellos que representan verdaderas fuerzas en los actuales conflictos centroamericanos. Es necesario, sí, que dialoguen en busca de la paz gobernantes y guerrilleros guatemaltecos, la Fuerza Armada salvadoreña y el FDR/FMLN, sandinistas y empresarios privados de Nicaragua; pero es necesario también que haya un diálogo creativo entre salvadoreños y hondureños, nicaragüenses y costarricenses, guatemaltecos y beliceños, y de todos entre sí. Lo que estamos afirmando es que hace falta crear un foro internacional, establecer un organismo con representatividad y poder suficientes para buscar en forma conjunta la paz de la región. Creemos que es necesario convocar una **Conferencia de Paz Centroamericana**, una Conferencia en la que tendrían*

que estar todos presentes y no sólo los poquitos que hoy se encuentran en la cúpula del poder oficial, político o militar. Una conferencia, que podría ser auspiciada por las Naciones Unidas y en las que se hicieran presentes como partes interesadas Estados Unidos y Cuba, y quizás también México y Venezuela.

Una Conferencia de Paz Centroamericana tendría que buscar esa paz regional que permitiera concentrar todas las energías de cada país y de toda la región en su conjunto hacia las tareas prioritarias del desarrollo económico y social. La unidad centroamericana se basaría no en organismos de papel ni en estructuras comunes de opresión ni en la existencia de una superestructura militar, celadora de un orden uniforme de "seguridad nacional"; se basaría, por el contrario, en el pluralismo al interior de cada país y entre unos países y otros respetando el estadio de desarrollo político alcanzado por cada cual.

Habría que respetar el parlamentarismo costarricense, pero también el régimen de socialismo mixto de Nicaragua; habría que aceptar un régimen que diera adecuada participación a las fuerzas y movimientos populares en El Salvador a un nivel distinto que el requerido por las fuerzas organizadas de Honduras. Pero la unidad se basaría también en el establecimiento de mecanismos eficaces que impidieran la imposición de un país sobre otro, la intervención de un régimen en los asuntos internos de su vecino y, sobre todo, la hegemonía opresiva de intereses foráneos sobre toda la región.

Regionalizar la paz es la única solución racional y para conseguirla hay que poner los medios adecuados. Si Estados Unidos volcara todo su inmenso poder e influjo por unificar a Centroamérica en la paz, ¡qué distinto sería! No son armas mortíferas ni expertos en contrainsurgencia ni asesores para la guerra lo que necesitan nuestros países. Lo que Centroamérica necesita es un desarrollo urgente y equilibrado, precios razonables para sus productos, muchos créditos blandos, ayudas generosas, capitales respetuosos de las propias leyes y de las propias formas de vida. Lo que necesitamos es que se cultive la honestidad en los gobernantes y no que se busque su corrupción; que se otorgue un trato digno a nuestros representantes, y no que se les instrumentalice; que se tengan en cuenta nuestros intereses, y no que se les deje de lado; que se respete la voluntad autónoma de nuestros pueblos, y no que se les engañe con palabras democráticas junto a acciones autocráticas; que se nos ayude a encontrar la paz, y no que se nos incite y se nos arme para la guerra.

Para quienes ya hemos soportado la tragedia de dos años de guerra en El Salvador, su regionalización no nos ofrece más horizonte que el de una destrucción todavía mayor y el de añadir miles sobre miles a la lista de víctimas que ya llora nuestro pueblo. ¿Por qué no intentar la búsqueda directa de la paz? ¿Por qué no empezar inmediatamente un proceso para regionalizar la paz?

26 de septiembre de 1982.